

## *Manos krgas y plateas calladas:*

### *El caso Collor de Mello*

CÉSAR HILDEBRANDT

**E**l sistema era sencillo: Paulo César Parías recaudaba el dinero y lo depositaba en las cuentas de Ana Acioli, la secretaria de Fernando Collor de Mello; los cheques eran girados por personas ficticias y empresas imaginarias y estaban firmados invariablemente —así lo demostró la pericia grafotécnica— por Rosinete Melanias, secretaria de Parías. Los caudales provenían, en realidad, de empresarios que así se aseguraban licitaciones amañadas, proveedurías sobrevaluadas y privatizaciones a dedo —negocios con los que recuperarían largamente lo invertido en el pringoso patrimonio del presidente de la República.

Que Collor de Mello destinara dos millones de dólares de lo saqueado a erigir un jardín o que el escándalo se iniciara con las revelaciones de Pedro Collor de Mello a la

revista «Veja» —venganza cainita tras la seducción de su esposa por el avasallador mandatario— no añaden sino colorido y sordidez doméstica a un asunto que no sólo ha terminado con el cese del presidente sino que cuestiona la esencia de un sistema que convoca la corrupción: el mercantilismo latinoamericano. Las comisiones subrepticias son parte de la inversión en América Latina y pueblan los libros paralelos de la contabi-

lidad empresarial. Pero el juego es recíproco —y por eso es que la clase patronal no suele quejarse—: el capital procede, en la mayor parte de los casos, de las bancas de fomento, alimentadas por préstamos del exterior y auxiliadas por la única industria editorial de verdadero éxito en el Continente: la de impresión de billetes. Si no es el dinero propio el que se arriesga ¿por qué no compartirlo con sus dadores? En esta versión perversa del capitalismo de Estado la «inversión privada» es la máscara de la autofagia. Y así el mercantilismo se vuelve parasitismo. Presidente ladrón, sí. Pero también empresarios adictos al Estado y a lo que para ellos representa: préstamo barato, dólar en crónica rebaja, impuestos de risa. En suma, un buen negocio.

**«El episodio de Collor resulta, desde la perspectiva ética, ejemplar sin duda alguna. Es la primera vez que un país del área despide a un mandatario corrupto. Collor de Mello ha caído, pero la red institucional que auspició sus prácticas no será fácilmente derribada.»**

Ese es el fondo del caso Collor de Mello, un liberal de boca para afuera que creyó en la vieja y cierta leyenda de la impunidad presidencial —el secreto de la perdurabilidad del PRI mexicano, el peronismo con Perón o la Acción Democrática de Carlos Andrés Pérez—. Estados fuertes asentados en sociedades débiles; mercados libres con monedas uncidas al voluntarismo estatal y salarios de muerte dictados por decreto-leyes; partidos políticos sobrepasados por la incredulidad general, la anomia y la rabia; amplias zonas de

economía sumergida produciendo sus propios valores y líderes: ése es el cuadro de la América Latina de los noventa.

**S**e diría que la América de origen ibérico enfrenta su tardía Revolución Francesa y que Collor es el primero de los Luises caídos. En Brasil el paso se ha dado violentamente. En México, Salinas de Gortari intenta la evolución que impida el desastre reduciendo el arbitraje estatal, atacando al sindicalismo mafioso que sus antecesores cultivaron y permitiendo que el PAN conservador gobierne, por fin, Chihuahua. Collor de Mello ha caído, pero la red institucional que auspició sus prácticas no será derribada fácilmente. La clase

no ha entendido hasta ahora que el Estado del bienestar —importado de la Europa de la posguerra— no es posible sin crear una base real de capitalismo. El capitalismo de los favoritos y cortesanos, de los «entornos» presidenciales y los tantos por ciento por obra pública no crean riqueza que repartir sino frustraciones que diseminar y estadísticas con que mentir. El episodio Collor resulta, desde la perspectiva ética, ejemplar sin duda alguna. Es la primera vez que un país del área despidió a un mandatario corrupto. Salvador Jorge Blanco fue condenado por latrocinio después de dejar la presidencia de República Dominicana y Alan García no encontró en su camino un adversario con pruebas suficientes sobre su actitud hacia el tesoro público. Pero la envidia moral no debería sentirla sólo



Brasil ha demostrado tener una nación activa, democracia no sólo electoral y un instinto de la moral pública, que han acabado con su presidente corrupto.

discreta benevolencia con que, al final, se trataron casos como el del Príncipe Bernardo de Holanda o el de Papandreu en Grecia.

**L**o peor que puede sucederle a una sociedad no es la corrupción sino la pasividad, esa atmósfera de estoicismo vicioso con que se asiste a un escándalo cuando se le considera el enésimo eslabón de una cadena invencible, el fotograma apenas de un largometraje plagado de bandidos. Nadie puede negar que ese escenario de manos largas y plateas calladas se ofrece en muchos países de Europa. Desde ese punto de vista, Brasil ha demostrado tener una nación activa, una democracia no sólo electoral y un instinto de la moral pública que ya quisiera buena parte del primer mundo.

César Hilderbrandt es periodista.

América Latina. No se refería a realidades americanas el libro «La investigación imposible», que escribió el inspector de policía Antoine Gaudimo, perseguidor de las andanzas financieras de Henry Nollet, recaudador oficioso de fondos del Partido Socialista francés. Ni es «sudaca» el autor de «Un presidente a liquidar», testimonio en el que, inútilmente, Philippe Guilhaume describía los bajos fondos en el manejo comercial y político de la televisión estatal francesa. Ni fueron trasatlánticos los archivos escándalos de Péchiney o Lunaire — para no hablar de la